

10 palabras clave sobre

LA IGLESIA

Juan A. Estrada Díaz
Director

Comunión

Democracia

Iglesia

Laicos

Ministerios

Misión

Pobres

Pueblo

Sacramento

Sinodalidad



Misión

Christa Godínez Mungía

El concepto de misión¹ referente al envío de alguien por parte de Dios a la humanidad tiene raíces milenarias. Aunque el término comienza utilizarse en el siglo XVI con respecto a la evangelización, la idea de un Dios que envía y se preocupa por la humanidad aparece presente en toda la historia de la salvación.

Recorrido bíblico

Los relatos bíblicos de vocación profética nos muestran esta preocupación de Dios. Dios envía a Moisés para liberar a su pueblo (Éx 3,10). Dios se hace presente a través de la diversidad de profetas que acogen su Palabra y la anuncian en diferentes momentos y en distintas épocas, siempre acercando la preocupación y la defensa de Dios por los más vulnerables, los más débiles, los pobres, los enfermos, los forasteros, los huérfanos, las viudas (Dt 27,19; Is 58,6-12). Y desde ahí sus palabras proféticas de exhortación a la conversión al Dios clemente y misericordioso, de denuncia radical del pecado y la injusticia cometida (Am 5,14-15; 8,4-6; Os 6; Is 1,10-20; Jr 7; Ez 34), pero sin dejar de ofrecer también una

¹ Del latín *missio*, “acción de enviar”, del verbo *mittere*, que significa “enviar”.

palabra de esperanza y de consuelo (Os 11,7-9, Jr 30-33; Jr 31,31; Ez 36; Is 40-55). La carta a los Hebreos nos recuerda que muchas veces y de diversos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas, pero que en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo (Heb 1,1-2).

En este sentido, los evangelios ven en Jesús al Hijo, al Enviado por excelencia de Dios a la humanidad, en quien se cumplen todas las promesas anunciadas por los profetas. La misión de Jesús es proclamar con su presencia, con sus palabras y obras el Reino de Dios ya presente y actuante entre nosotros. Un Reino prometido por los profetas que comienza a tener realidad en Jesús. Él encarna la preocupación, misericordia y ternura de Dios por los más vulnerables y marginados. Jesús se dirige a Israel (Mt 15,24), pero su misión alcanza una dimensión universal y sin acepción de personas. Así se percibe en sus diversos encuentros con personas marginadas, pecadoras y personas de otros pueblos, como la samaritana, el centurión romano. El diálogo provocado por la mujer siro-fenicia (Mt 15,21-28) es clave para él para reconocer que su misión y la misericordia de Dios se extienden más allá de los límites de Israel, tarea que continuarán sus discípulos. Todos los evangelios relatan el envío que ellos reciben al encuentro con el Resucitado. Envío a continuar la proclamación del Reino, a anunciar el Evangelio a todas las gentes, bautizar a toda criatura, ofrecer el perdón de los pecados (Mt 28,18-20; Mc 16,15-18; Lc 24,46-49). Envío en el Espíritu Santo, nos dice Juan (Jn 20,21-22). Y, según Lucas, el Espíritu capacitará a los apóstoles para llevar a cabo el testimonio del Resucitado y realizar el encargo recibido (Hch 1,8). Realidad que comienza en Pentecostés (Hch 2): “Todos los oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios” (Hch 2,11).

Juan en su evangelio relaciona directamente la misión que el Resucitado confía a sus discípulos con la que él mismo ha recibido del Padre. “Como el Padre me envió, también yo los envió. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Reciban el Espíritu Santo” (Jn 20,21-22). Este envío confirma las palabras de la “oración sacerdotal” de Jesús en la última cena (Jn 17). “Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17,18). Esta oración refleja que el objetivo de la misión es hacer partícipe a la humanidad de la comunión que existe entre el Padre y el Hijo. En este sentido, los discípulos deben vivir la unidad entre sí, permaneciendo en el Padre y en el Hijo, para que el mundo crea (cf. Jn 17,21-23). Para Juan, la misión se testimonia, se encarna en la complejidad de la historia. Se es misionero ante todo cuando se vive profundamente la unidad en el amor efectivo, antes de calificarse como misionero, sólo por las enseñanzas que se pronuncian. Con un mensaje universal de comunión de vida que es necesario comunicar al mundo entero, el cristianismo nace fundamentalmente misionero. Guiados por las palabras de Jesús Resucitado, los discípulos expresan en sus actitudes esta exigencia misionera. El Evangelio es para ellos realmente la Buena Noticia del Reino de Dios que no puede quedarse escondida, sino que hay que anunciar y testimoniar por todas partes.

Los Hechos de los Apóstoles nos presentan una comunidad donde se comparten y se ponen en común todos los bienes espirituales y materiales (Hch 2,42-47; 4,32-34; 5,12-16), donde se vive la preocupación de unos por otros. Asimismo, aparece una gran cantidad de hombres y mujeres implicados en el anuncio del Evangelio tanto hacia los judíos como hacia los paganos. El encuentro de Pedro con el centurión Cornelio (Hch 10) es clave para la apertura a los gentiles. El bautismo que ellos reciben muestra el

designio de Dios, es decir, que no deben someterse a la ley y a las prescripciones rituales judías los cristianos venidos de pueblos ajenos al judaísmo. Se prepara así el Concilio de Jerusalén (Hch 15,7-29; Gál 2). A partir del capítulo 16 de los Hechos, se trata sólo de las misiones de Pablo, conocidas también por sus cartas. Se dirige a las sinagogas, pero no pocas veces encuentra rechazo al Evangelio. Esto le motiva a predicar a los griegos y helenistas, sobre todo a aquellos adoradores de Dios en quienes encuentra acogida el mensaje evangélico. Pablo es consciente de su vocación de envío a los gentiles. Busca no tanto bautizarlos como fundar comunidades donde deja la administración a otros y donde surge una diversidad de ministerios y carismas. El anuncio del Evangelio cobra urgencia por la idea de la proximidad de la segunda venida de Cristo.

Para Pablo, el hecho de evangelizar a los gentiles no lo desvincula de la Iglesia de Jerusalén. Se siente preocupado por la pobreza que padece esta Iglesia y organiza una colecta en su favor entre todas las comunidades por él fundadas (Hch 24,17; 1 Cor 6; 2 Cor 8,9; Gál 2,10). En el fondo, también le interesa conservar un lazo de unidad con la Iglesia madre surgida del judaísmo, y que ella, al recibir la colecta, muestre su aceptación y reconocimiento de las comunidades en territorio gentil. Este objetivo estará presente en toda la misión paulina. Pablo permanece en contacto con las comunidades a través de visitas y noticias que le llegan de sus colaboradores. Además, busca la unidad y la ayuda a través de la correspondencia que envía y circula entre ellas. Esta manera de trabajar la unidad es lo que actualmente se ha tratado de motivar en las iglesias a través de los intercambios (AG 36.37; RM 85). Pablo no trabaja solo, cuenta con una diversidad de colaboradores y colaboradoras, Bernabé, Timoteo, Tito, Sóstenes, Prisca y Aquila, Febe, María, Epéneto, Andrónico y Junia, Am-

pliato, Trifena, Trifosa, Rufo, Filólogo y Julia, y otros muchos que aparecen en sus cartas enviando o recibiendo saludos y recomendaciones y que animados por el Espíritu, son importantes en la evangelización y maduración de las iglesias. Los Hechos terminan su relato con la llegada de Pablo a Roma. Es entonces cuando se abre una nueva etapa de la historia misionera.

En los siglos III-IV, Eusebio de Cesarea evocará una tradición según la cual los apóstoles se habrían repartido el mundo para evangelizarlo. Tradición que se recordará en la evangelización del Nuevo Mundo cuando algunos misioneros, al reconocer los profundos valores humanos de los pueblos de América, atribuyan el hecho al paso del apóstol santo Tomás o alguno de los apóstoles por estas tierras. Con el Apocalipsis de Juan, se dispone del otro gran polo misionero de los inicios de la Iglesia. Se presenta como un mensaje a las siete Iglesias de Asia: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea (Ap 1,11). Esto refleja el campo de acción del apóstol. A diferencia de Pablo, Juan, más que realizar viajes y fundar comunidades, invita al testimonio, al martirio, a vivir el Evangelio como una manera de ser en el mundo, particularmente en tiempos difíciles, de persecución. El testimonio se comprende como otra forma de realizar el anuncio.

Recorrido histórico

Los primeros siglos de evangelización

Los primeros siglos, el cristianismo se extiende a pesar y por las persecuciones en diversos territorios desde Persia al norte de África y hasta Inglaterra. No se trata tanto de estrategias misioneras como del testimonio de los cristianos. Todas las comunidades cristianas que nacen mantienen entre ellas, sobre todo por sus obispos, relaciones

constantes por cartas y viajes y posteriormente será por los concilios. Estas relaciones se facilitan hasta cierto punto por la red de caminos del Imperio romano y por el empleo común de la lengua griega. Antioquía, tercera ciudad del Imperio, constituye un crucero de comunicaciones y culturas mayor que Jerusalén. De ahí que en esta ciudad el cristianismo cobre dimensión universal. Es aquí donde por primera vez los discípulos recibieron el nombre de “cristianos”. (Hch 11,26). Estas iglesias son conscientes de formar un solo cuerpo y de procurar la comunicación entre ellas. El obispo Ignacio de Antioquía de camino hacia Roma, donde sufrirá el martirio bajo el emperador Trajano, escribe a las cinco iglesias de Asia, a su amigo Policarpo, obispo de Ésmirna, y a los cristianos de Roma. Clemente, obispo de Roma, escribe a los corintios. Las persecuciones continúan y los cristianos se desplazan.

Ireneo de Asia Menor, discípulo de Policarpo, llega como obispo a Lyon en el siglo II después de la persecución del año 177. Desde aquí emprende una gran labor de evangelización hasta Germania, además de profundizar en la teología al verse implicado en el debate contra la gnosis que se había infiltrado en las comunidades cristianas. Su teología valora el lugar del hombre. De ahí su célebre afirmación: “La gloria de Dios es que el hombre viva”. Por otro lado, haciendo honor a su nombre como hombre de paz, intercede ante el papa para evitar la excomunión de las comunidades cristianas que festejaban la Pascua en otra fecha distinta a la de la Iglesia de Roma. El permitir no celebrar la Pascua en la fecha de la Iglesia de Roma pudo ser lo que hizo pensar a Francisco Xavier en el siglo XVI, cuando estaba en misión por la India, en querer escribir, aunque finalmente no lo llevó a cabo, para solicitar un cambio de fecha para la celebración de la Pascua, ya que coincidía con la época en que más trabajo tenían los pueblos pobres de la costa.

La Iglesia se extiende. Para el Concilio de Arlés, en el año 314, ya está presente en Inglaterra desde donde se envían tres obispos a este concilio. Después de la “conversión” de Constantino (313) y la protección de la Iglesia bajo sus sucesores, se inicia un cambio de panorama. Por un lado, se terminan las persecuciones y la Iglesia se ve favorecida por el Imperio, pero, por otro, se pierde la autenticidad de las conversiones al cristianismo: algunas de ellas serán forzadas y ambiguas.

Peregrinos por Europa

En el siglo V, Patricio evangeliza Irlanda. Patricio, originario de una familia cristiana romana del País de Gales, es robado por piratas irlandeses a los 16 años y vendido como esclavo en Irlanda, donde es retenido durante seis años, hasta que logra escaparse. Nace en él la vocación sacerdotal y misionera para regresar después como obispo en 432 a predicar en la tierra de su cautividad. Tiene la ventaja de conocer la lengua y las costumbres. Las figuras de tríadas son muy familiares en la religión celta. De ahí que utilice el trébol para predicar sobre la Trinidad. A su muerte en el 461, Irlanda es cristiana y cuenta con numerosos monasterios. A partir del siglo VI, la Iglesia celta evangeliza Europa. Los monjes se definen como peregrinos y son clave para emprender la evangelización. La peregrinación es una ascesis típicamente de origen celta que promueve la expatriación voluntaria para anunciar la Palabra de Dios en otros pueblos. De ahí que Columbano y Gall dejen Irlanda para ir a predicar al país de los francos y germanos. Fundan monasterios donde acogen a los pobres, a los enfermos, a los pecadores, a toda clase de necesitados. Los monjes irlandeses y británicos se dirigen a Europa central y septentrional. Asimismo, en la Europa meridional, los hijos de san Benito, ligados al trabajo de la tierra y la vida de oración,

se dirigen a los campesinos, profundizando en su piedad y revalorizando el trabajo cotidiano.

En la Iglesia celta, el lugar de las mujeres es importante. Las comunidades de monjas y monjes se reúnen con frecuencia para la oración; algunas son mixtas, y en algunas se cuenta con matrimonios. Este tipo de vida religiosa se lleva hasta Suiza. En ocasiones, hay una abadesa que se encuentra al frente de una comunidad tanto masculina como femenina, como es el caso de Hilda de Whitby. Por su parte, el papa Gregorio el Grande, que había sido patricio romano y después monje, envía a Inglaterra en el año 596 un grupo de monjes conducidos por Agustín, que crea la sede de Cantorbery. La estrategia de evangelización del papa Gregorio será recordada en el siglo XVI por José de Acosta, quien lo considera como una autoridad para oponerse a la estrategia de la *tabula rasa* en la misión con respecto a los indios en América². A finales del siglo VII, Willibrord, con otros monjes anglosajones, se dirige a Frisia y después va a Roma a pedir al papa Sergio I un mandato oficial para predicar el Evangelio. Consagrado obispo, desde Utrecht envía misione-

² José de Acosta escribe refiriéndose a los indios: “En los puntos en que sus costumbres no se oponen a la religión y a la justicia, no creo conveniente cambiarlas; antes al contrario, retener todo lo paterno y gentilicio, con tal de que no sea contrario a la razón... Por lo cual, muchas cosas hay que disimularlas, otras alabarlas, y las que están más arraigadas y hacen más daño, con maña y destreza hay que sustituirlas por otras buenas semejantes. De lo cual tenemos la autoridad del ilustre Gregorio, papa que, preguntado por Agustín, obispo de los ingleses, escribe a Melito; ‘Di a Agustín que he pensado mucho dentro de mí del caso de los ingleses, y pienso que no conviene de ninguna manera destruir los templos que tienen de sus ídolos, sino sólo los mismos ídolos, para que, viendo estas gentes que se respetan sus templos, depongan de su corazón el error y, conociendo al Dios verdadero y adorándolo, concurren a los lugares que les son familiares...”. Citado por M. Marzal, *El rostro indio de Dios*, UIA-CRT, México 1994, 5.

ros a Dinamarca y funda monasterios. En el siglo VII, en el otro lado del mundo, en Oriente, la Iglesia nestoriana aparece como la Iglesia misionera por excelencia. Alopen, monje nestoriano de Persia, llega en el año 635 a China, donde es bien recibido por el emperador. Alopen funda monasterios en varias provincias, traduce la Biblia y la Iglesia que surge sin apoyo político, sin condiciones para una estructura eclesial sólida, coexistiendo con otras religiones, se desarrolla sin embargo considerablemente y subsistirá durante más de doscientos años. El conjunto de Asia central queda sembrado de cristianos nestorianos.

Misiones de Bizancio

En el siglo VI, también desde Bizancio surgen misioneros calcedonios, que son enviados por Justiniano hasta Arabia. Y misioneros monofisitas enviados por su esposa Teodora, que son los que pudo haber encontrado y conocido Mahoma. En el siglo IX, en el año 862, el emperador Miguel III responde a la petición de Rastislav, príncipe de la Gran Moravia, enviando dos hermanos, Metodio, que era obispo, y su hermano menor, llamado Constantino el Filósofo y de nombre religioso Cirilo. Nacidos en Salónica, de lengua griega y de cultura bizantina, dejan su patria para evangelizar a los pueblos eslavos. Se dirigen a Moravia y después a Bulgaria. Los dos hermanos, con sus colaboradores, realizan un trabajo remarcable de evangelización. La Biblia y la liturgia son traducidas al eslavo una vez que se han familiarizado con la mentalidad, las tradiciones y esperanzas de estos pueblos, lo que contribuye al conocimiento del Evangelio en los territorios del sur y del este de Europa. La obra de evangelización de Cirilo y Metodio es un modelo histórico de inculturación, es decir, de “la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la introducción de estas culturas en la vida de la Iglesia” (SA 21), abarcando

do diversos aspectos: la proclamación del Evangelio en una lengua nueva, el desarrollo de la teología y una liturgia propia, la traducción de la Biblia, la creación literaria y humanista, el derecho, la promoción del diálogo intereclesial e intercultural, la integración de los pueblos europeos. Esto lo valora Juan Pablo II en su importante encíclica *Slavorum Apostoli* (1985): “La lógica de la encarnación les empujaba a un método de evangelización y de catequesis y tradiciones propias de los pueblos eslavos”, a “conocer bien el mundo interior de aquellos a los que tenían intención de anunciar la Palabra de Dios” (SA 10-11).

Además, Cirilo y Metodio se comprometen, por un lado, a defender la identidad de los pueblos eslavos que estaban en vías de organización (SA 10) pero sometidos a fuertes presiones militares y culturales ante el nuevo Imperio romano-germánico e intentaban rechazar las formas de vida que consideraban extranjeras. Y, por otro, a defender un cristianismo propiamente eslavo con una liturgia propia, ante las presiones de una cultura eclesiástica a veces estrecha, limitándose a tres lenguas. En Venecia, Cirilo defendió con valentía su posición remarcando que muchos pueblos en el pasado habían introducido y poseían una liturgia escrita y celebrada en su lengua. “Como los armenios, los persas, los abasgos, los georgianos, los sugdos, los godos, los avares, los tirsos, los jázaros, los árabes, los coptos, los sirios y muchos otros... ¡Y ustedes no tienen escrúpulos para limitarse a tres lenguas (hebreo, griego y latín) solamente para decidir que todos los demás pueblos y razas permanezcan ciegos y sordos! Decidme: ¿defendéis esto porque consideráis a Dios tan débil que no pueda concederlo o tan envidioso que no lo quiera?” (SA 17). Cirilo, que había compuesto el alfabeto para los pueblos eslavos, hombre erudito, nos muestra todo un panorama en el que se han dado procesos de inculturación y de comprensión. Quizá hoy todavía hagan falta

“Cirilos y Metodios” que defiendan las particularidades de las iglesias. La actitud de éstos en defender y respetar la especificidad de los pueblos eslavos les lleva a recibir amenazas, difamaciones, incomprendiones, persecuciones y cadenas en el caso de Metodio. Sin embargo, se mantienen firmes en su decisión y, además, procuran la unidad y la paz entre los pueblos y las iglesias. Siendo bizantinos, se mantienen en unidad y comunión con la sede romana en un momento de tensiones entre Oriente y Occidente.

Cristiandad y cruzadas

En el siglo IX, con el renacimiento del Imperio de Occidente, carolingio primero y después germánico, se confunde a menudo la expansión del cristianismo con la expansión del Imperio. Las campañas de Carlomagno contra los sajones, obligándolos a convertirse al cristianismo, y la conquista de los países bálticos por los caballeros teutones son ejemplos del avance de la llamada cristiandad forzosa. Los pueblos autóctonos se ven en la disyuntiva de bautizarse o morir. Sin embargo, existe una intención sincera de evangelización de monjes y de obispos que se dirigen al norte de Europa, a la península de Escandinavia, a Groenlandia, así como a Polonia, Hungría, Lituania, etc., y que se encuentran expuestos continuamente al martirio. Por otra parte, desde Bizancio llegan misioneros a Kiev y Moscú.

En el siglo XIII, las cruzadas son más bien un obstáculo para la evangelización, al representar ante todo una obra de conquista y de dominación. Los caballeros y peregrinos cristianos de Occidente se enfrentan a los Estados musulmanes y a veces a los cristianos de Oriente. En este contexto, sin embargo, aparecen las órdenes mendicantes, que buscan vincularse con los orígenes del cristianismo y el anuncio del Evangelio. Francisco de Asís, hombre de paz, sueña con la

misión en el mundo musulmán; lo intenta primero en Siria y luego en Marruecos, hasta que se entrevista con el sultán de Hama en el año 1219. Grupos de franciscanos son enviados a tierras del islam. Raimundo Lulio, también franciscano, aboga en las universidades por el estudio del árabe y del islam y viaja al norte de África. Franciscanos y dominicos se dirigen hacia Asia central y al Extremo Oriente y se encuentran con los turcos y mongoles, en Serbia, Rusia, China... En la India, en el siglo XVI, Francisco Xavier continuará el trabajo que habían comenzado los franciscanos, catequizando a muchos pueblos.

Cuando se empezó hablar de misión...

Se atribuye a los primeros jesuitas Ignacio de Loyola, Francisco Xavier, Pedro Fabro y demás compañeros el comienzo del empleo del término “misión”. Anteriormente su uso se limitaba a las “misiones” de la Trinidad. Sin embargo, en el siglo XVI, los jesuitas pedían al papa Pablo III enviar “en misión” a los turcos o a cualquier otro pueblo los sacerdotes que se pusieran a su disposición. Así comienza a utilizarse el término “misión” como envío a un lugar o territorio concreto con el fin de realizar un encargo o mandato apostólico. Pedro Fabro escribe a propósito de su profesión solemne: “Y también guardar una obediencia perpetua hacia el soberano pontífice en las misiones...” (*Memorial* n. 23). Y Francisco Xavier, con el fin de atraer y convertir nuevos pueblos a la fe cristiana, partirá entusiasmado en misión a la India y a Oriente. Al emprender su viaje a la India, el 7 de abril de 1541, cumplía 35 años. Su aventura misionera durará poco más de diez años; fallece a las puertas de China el 3 de diciembre de 1552 con el deseo de evangelizarla. Le interesa la salvación del mayor número de almas posible. Para él, bautizar es fundamental, pues solo así se consigue la salvación.

Su teología correspondía a la de la época. El Concilio de Florencia (1442), un siglo antes, había asumido una propuesta eclesiocéntrica exclusivista y la comprensión más rígida del adagio “fuera de la Iglesia no hay salvación”. Posteriormente, el Concilio de Trento (1547), con su doctrina del “bautismo de deseo”, afirma solemnemente la posibilidad de salvación para las personas que se encontraban fuera de la Iglesia. Lo que Francisco quería era que las personas se salvaran y vivieran cristianamente. Para eso, con la ayuda de colaboradores autóctonos e intérpretes, adapta un catecismo portugués y forma catequistas que continúan repasando la doctrina. Se une al proyecto del Colegio de San Pablo en India para la formación de un clero autóctono. Por su parte, él parece incansable: recorre constantemente los pueblos, vive entre los más pobres pueblos pesqueros de la India, atiende a los enfermos, entierra a los muertos, ora constantemente, escribe cartas, se enfrenta no pocas veces a los soldados portugueses que abusan de la gente, sobre todo de las mujeres... Su testimonio atrae y despierta un gran aprecio. Desde la India continúa hasta los pueblos malayos y llega a Japón. Se entrevista con Ouchi Youshitaka, duque de Yamaguchi, que le permite predicar el Evangelio en sus dominios. Los japoneses le hablan de China como de un pueblo sabio y rico en conocimientos. De ahí su interés por continuar allí la misión: seguramente encontraría quien quisiera aceptar el cristianismo.

Su deseo y su labor misionera los continuarán otros jesuitas. En China, Mateo Ricci (1552-1610), que aprende perfectamente la lengua china, logra llegar a la corte imperial y traduce y publica varias obras, los seis libros de las matemáticas euclidianas, la “verdadera idea del Señor del cielo”, entre otras. En India, Roberto Nobili se dirige a los brahmanes. Lo que Ricci y Nobili proponían era una adaptación del cristianismo a la cultura y los valores de esos pueblos. Su pro-

puesta será continuada por otros jesuitas, pero no será bien recibida por otras órdenes religiosas y estallará el conflicto de los llamados “ritos chinos y malabares”, que se debate en la Sorbona, lejos del lugar de los hechos. Por otra parte, los diplomáticos de Corea habían establecido contacto con la corte de China y desde 1603 conocían el planisferio de Ricci. En 1644, el príncipe Sohyeon introduce obras científicas y literarias traducidas al chino por los jesuitas. Éste será el inicio para que, a finales del siglo XVIII, los laicos introduzcan el cristianismo en Corea. Se despierta el interés por el cristianismo entre jóvenes intelectuales (1779), que lo estudian en los libros chinos y lo difunden sin sacerdotes misioneros y sin haber sido bautizados. En 1783 acude el primer coreano a la corte de Pekín a pedir explicaciones sobre la doctrina y encuentra a los jesuitas –aunque para esa fecha ya se había suprimido la Compañía–, y es bautizado por uno de ellos con el nombre de Pedro. Él será quien bautice a su regreso al grupo de amigos que formaban una comunidad y que continuarán la misión en Corea. Este grupo traduce al coreano la doctrina cristiana.

En el otro lado del mundo, América es evangelizada por franciscanos, dominicos y agustinos, y más tarde se unirán los jesuitas. En México, los franciscanos Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos y otros fundan el 6 de enero de 1536 el colegio de Tlatelolco de la Santa Cruz, con el objetivo de formar un clero indígena. En este colegio se habla castellano, latín y náhuatl. Diez años después de su fundación, se cuenta con un grupo de indígenas de una alta calidad académica, pero con ningún clérigo. Ellos corrigen los escritos en las tres lenguas, son los profesores y dirigen el colegio posteriormente. Lo interesante de este grupo es que a ellos se les atribuye la redacción del *Nican Mopohua* (“Aquí se narra, aquí se cuenta”), donde se pone por escrito el encuentro de Juan

Diego con Nuestra Señora de Guadalupe, un acontecimiento clave en la evangelización. El relato muestra un proceso de inculturación y los inicios de una teología indígena cristiana en la que se expresa la experiencia de Dios con los más altos valores de la cultura náhuatl. Por otra parte, entre 1610 y 1767, los jesuitas organizan en Paraguay las comunidades indígenas en las llamadas “reducciones”, donde se preserva la lengua y se sigue una vida comunitaria. La hostilidad de los colonos se enseñará hasta suprimirlas violentamente.

Con el descubrimiento de nuevas tierras pobladas tanto en América como en Asia, la preocupación misionera crece; se busca la “salvación de los infieles”, pues se teme por su condenación eterna al morir sin ser bautizados. Se busca también la expansión del cristianismo con el objetivo de implantar la Iglesia, la europea occidental. Desde el siglo XVI hasta mediados del XX, tiene lugar un gran auge de esta empresa misionera, que aparece junto al poder colonial de Europa hacia América, Asia y África. Surgen una diversidad de órdenes y congregaciones religiosas masculinas y femeninas, con gran celo misionero y valor, que se arriesgan a cruzar los mares y montañas en busca de nuevos convertidos al cristianismo. Sin embargo, la diversidad de estrategias y métodos misioneros será cuestionada en algunos lugares; además, no siempre coincidirán, y terminarán en algunas partes en conflicto: a veces entre las mismas órdenes, a veces entre las órdenes contra el poder colonial. Asimismo, a los pueblos a los que llegan los misioneros no les resultará fácil, pero tampoco imposible, por un lado, separar la intención misionera de la intención colonial y, por otro, el mensaje teológico-cultural de los misioneros de los datos de la fe, pues el mensaje misionero se transmite digerido y vehiculado por su cultura europea. Toda esta problemática va afinando poco a poco la reflexión de la Iglesia sobre la cuestión de la misión.

Las diversas encíclicas y documentos papales anteriores al Vaticano II, a veces poco conocidos, reflejan una preocupación que quiere tomar en cuenta la mejora de las misiones contemplando la actitud de los misioneros y el respeto y la madurez en la fe de los destinatarios. *Maximum Illud* (1919), de Benito XV, considera la separación entre la política colonial y la misión. *Rerum Ecclesiae* (1926) insiste en la formación de un clero local, en el nacimiento del laicado cristiano y en el desarrollo de la vida religiosa en los llamados “países de misión”. Se quiere con esto terminar con una etapa de dependencia de las iglesias nacientes con respecto a las iglesias misioneras. *Evangelii Praeconens* (1951), de Pío XII, propone los principios y las reglas de la acción misionera. Y en *Fidei Donum* (1957), Pío XII llama al compromiso de las iglesias locales en la obra misionera, en particular con el envío de sacerdotes que quedan incardinados en sus propias diócesis, pues cada obispo, en su calidad de pastor, “lo hace solidariamente responsable de la misión apostólica de la Iglesia”. Con esta afirmación se va contemplando el cambio de una misión con sentido territorial a una misión con un sentido más eclesial. Se van formando el camino y los diversos desarrollos teológicos que llevarán al Concilio Vaticano II a asumir, en su decreto *Ad Gentes* (1965), afirmaciones que reflejarán una preocupación por ofrecer una base teológica y eclesial a la misión.

De las misiones a la misión de la Iglesia

El Concilio Vaticano II pondrá el acento en la misión de la Iglesia. Esta orientación será clave y relevante, e inaugura un nuevo paradigma. La Iglesia es toda ella misionera, no solamente algunas actividades de la Iglesia: “La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu

Santo, según el propósito de Dios Padre” (AG 2). Esta afirmación pone el fundamento teológico y eclesiológico de la misión al unir dos acepciones del término “misión”: una que se refiere a la misión del Hijo y del Espíritu Santo, y otra que se refiere a la misión de la Iglesia. La misión de la Iglesia hunde sus raíces en la Trinidad, y su fuente es el amor trinitario. La Iglesia irá tomando cada vez más conciencia de esta realidad.

La Iglesia, con toda su estructura y ministerios, está llamada a ser misionera en el mundo y, bajo la guía del Espíritu, a continuar la misión del Hijo que ha sido enviado al mundo y dar testimonio de la verdad, del amor y de la vida, pues, a su vez, el Hijo ha enviado a sus discípulos (Jn 20,21). Así, cada una y cada uno de los miembros de la Iglesia, consciente de su condición bautismal, es corresponsable de esta misión. Además, la Iglesia se concibe en Cristo como un sacramento, “o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). Aquí se encontrará la tarea y la misión de la Iglesia en la realización de esta unión de todos los hombres y mujeres del mundo, unión que el Concilio reconocía que se daba a través de múltiples vínculos sociales, técnicos, culturales. Sin embargo, la misión de la Iglesia tendrá que esforzarse para realizar una unidad más profunda, una verdadera fraternidad y sororidad de la familia humana a través de todos los medios posibles, de manera que se vayan visibilizando los signos de esta unidad que son signos de la presencia del Reino, pues la misión de Jesús fue precisamente el anuncio del Reino de Dios, que se hace ya presente en su persona misma, en sus palabras y obras. Esta tarea no es fácil en un mundo globalizado, y se toma cada vez más conciencia de la interdependencia de toda la humanidad y de que lo que pasa en un lugar tiene consecuencias en otro, aunque no siempre son buenas para todos.

Por eso, también se toma conciencia de que existen diversos intereses económicos, políticos y de diferente índole tras las uniones o fusiones, ya sea de partidos políticos, de empresas transnacionales, de acuerdos económicos entre países, etc., a los que se les da más importancia muchas veces a costa del respeto a la vida humana, sea de individuos, sea de comunidades, de pueblos o incluso de todo un continente, como África. Sin embargo, es esta humanidad concreta, con todos sus contrastes, la que Dios quiere salvar y a la que la Iglesia pertenece y ha sido enviada.

La Iglesia peregrinante, según el Concilio, también se sitúa caminando “a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios” (DV 8). Lo que se nota es una nueva relación y una distancia entre la Iglesia y la plenitud de la verdad. La Iglesia, por tanto, puede pensarse como no poseedora de la verdad plena, sino caminando hacia ella. La Iglesia se sitúa entonces en relación a una realidad que la supera, la plenitud de la verdad, la salvación, el Reino. Esta realidad ya se encuentra en ella como un germen que la trabaja, pero la Iglesia no monopoliza la salvación, no se identifica con la totalidad del Reino; está a su servicio ahora y lo espera en plenitud. La Iglesia comprende así su misión como signo y servidora de la verdad, de la salvación, del Reino.

Énfasis o modalidades fundamentales en la misión

Siendo una la misión de la Iglesia, ha tomado distintos énfasis o modalidades según los contextos socioculturales donde se lleva a cabo por las diferentes iglesias particulares. Este dinamismo plural del cristianismo se encuentra plasmado en los escritos bíblicos. Los evangelios, los Hechos, las cartas de Pablo, muestran la diversidad de comunidades, de culturas, de preocupaciones y

problemáticas, de eclesiologías y teologías que la misión asume. En las iglesias particulares se hace presente el misterio de la Iglesia universal y se va realizando la catolicidad. La Iglesia es una comunidad de comunidades en la diversidad. Los logros de las iglesias son logros de la Iglesia universal, de ahí que se soliciten los intercambios y la ayuda mutua entre ellas y que poco a poco se asuman estos logros en la vida y en el lenguaje de la Iglesia universal como un patrimonio común. En este sentido, podemos hablar del énfasis en la inculturación como un aporte de la Iglesia de África, de la liberación como un aporte de la Iglesia de América Latina, del diálogo interreligioso como un aporte de la Iglesia de Asia, del diálogo ecuménico como un aporte de las iglesias de Europa, Estados Unidos y Canadá.

Esto no significa que la inculturación, la liberación, el diálogo interreligioso y ecuménico no hayan estado presentes en la vida y en la historia de la Iglesia. Ya las primeras comunidades cristianas helenistas, a propósito de la circuncisión judía, comienzan a cuestionar hasta dónde asumir o no el Evangelio con la ley y las costumbres de la cultura judía, cuestión que se discutirá en el primer Concilio de Jerusalén (Hch 15,5-11.28) y que concluirá con que para vivir la fe no es necesario asumir la ley judía, con todo lo que ésta implica. De ahí que este concilio abra la puerta para poder vivir y expresar el Evangelio en la diversidad de culturas y tradiciones; es lo que actualmente se conoce con el nombre de inculturación. Esta dinámica, si bien se siguió en la evangelización de los pueblos de Europa, no se continuó o se frustró en la evangelización de otros pueblos. Sin embargo, es en las iglesias de América, Asia y África donde renace, gracias al Espíritu, esta necesidad de vivir un cristianismo con rasgos propios y que asume problemáticas concretas. Por un lado, se habla de la descristianización y secularización de Europa y, por otro, se constata

que es en estas iglesias donde se encuentran la mayoría de los pueblos cristianos y desde donde pueden brotar nuevos rostros del cristianismo en el tercer milenio, sobre todo en Asia. Juan Pablo II llegó a decir que el tercer milenio era el milenio de Asia, el tiempo lo confirmará o no...

Ante el conjunto de la humanidad y la diversidad de personas y grupos que se presentan para la labor evangelizadora de la Iglesia católica, ésta, según el contacto que hayan tenido o no con el Evangelio, tiende a distinguir si se trata de una actividad pastoral cuando se refiere a los fieles, si se trata de una nueva evangelización cuando se dirige a los no practicantes o no creyentes de países con tradición cristiana, y la misión *ad gentes*, específicamente para los pueblos o grupos que nunca han tenido contacto con el Evangelio. Sin embargo, las fronteras de estas distinciones no siempre son muy claras, ya que no hay barreras fijas (RM 34). Pero cualquiera que sea el grupo al que se dirija, la misión debe tener en cuenta las diversas modalidades o énfasis que tiene que procurar en su labor evangelizadora y los diversos contextos socioculturales, políticos y religiosos en los que se encuentran las iglesias locales.

La liberación

El énfasis de la liberación es esencial en la misión de la Iglesia y va unido a la lucha por la justicia y a la opción preferencial por los pobres. Surge en América Latina como una forma de misión comprometida en un continente marcado por la pobreza y en el que el anuncio del Evangelio no puede separarse de la lucha por la justicia. Esta orientación la asumen sobre todo las comunidades eclesiales de base, que conciben la misión como una lucha por transformar, por un lado, el medio social injusto y opresor donde se encuentran insertas y, por otro, en cuestionar, a través de su testimonio, a la Iglesia que se insta-

la por encima de los pobres en vez de seguir el camino y las enseñanzas de Jesús. Para las comunidades, Jesús estuvo al servicio de los pobres y entregó su vida por ellos, mostrando así el amor efectivo de Dios, el anuncio y el inicio de su Reino presente y actuante entre los pobres y para los pobres. En esa llegada del Reino consiste la liberación y la Buena Noticia. Aunque el Reino no se agota con ninguna mediación histórica, si la Iglesia se deja guiar por el mismo Espíritu de Jesús, tiene que ser radicalmente fiel a su seguimiento y hacer presente y construir el Reino en la historia para los pobres, marginados y excluidos: una vida digna y justa. Tendría que convertirse, liberarse de todo lo que le obstaculiza para continuar esa misión, estar presente en la historia como un verdadero sacramento de liberación.

Dos bienaventuranzas proclamadas por Jesús indican explícitamente a quiénes pertenece el Reino y el camino que debe seguir la Iglesia si acepta ser su signo y su servidora: 1) “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3) y, según Lucas, “Bienaventurados los pobres, porque suyo es el Reino de Dios” (Lc 6,20), y 2) “Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,10). De ahí que las iglesias locales comprometidas en esta misión por los pobres y por la justicia cuenten con cristianos, hombres y mujeres, que han dado testimonio de entrega hasta el martirio, como monseñor Óscar A. Romero, Ignacio Ellacuría y sus compañeros jesuitas y colaboradoras, todos ellos asesinados en El Salvador. El martirologio latinoamericano es bastante amplio y sigue creciendo.

El aporte de la misión como liberación interroga a las demás iglesias. Es un aporte recibido por las iglesias de África, que se dejan cuestionar ante la gravedad de la pobreza de sus gentes y la injusticia que se oculta, y aceptado por iglesias de

Asia, como en la India, donde se practica un sistema de castas que oprime a los más pobres. Y desde ahí empiezan a optar por los *dalits* o los intocables, los sin casta, los más marginados y excluidos. Tanto en África como en Asia, las persecuciones no han faltado.

El proyecto liberador de los pobres también alcanzó a los indígenas y afroamericanos de América Latina, a quienes el Documento de Puebla del Episcopado Latinoamericano (1979) llama “los más pobres entre los pobres” (Puebla 34). América Latina, compuesta por una población mayoritariamente mestiza, ha impuesto programas de integración nacional con el fin de asimilar a los pueblos indígenas y afroamericanos a su proyecto a costa de su cultura, usos y costumbres. Por otra parte, estos pueblos tampoco encontraban un espacio para ellos en la Iglesia. En muchas partes, aunque con buena voluntad, se intentaba asimilarlos a la Iglesia mestiza de peso occidental. Y aunque se reconocía su pobreza, no se valoraba explícitamente su valiosa tradición cultural, su sabiduría y su religiosidad, que es lo que les ha hecho mantenerse con vida hasta nuestros días. No será hasta el Documento de Santo Domingo (1992) y hasta esta década cuando se empiece a reconocer su presencia como indígenas y la herencia de sus religiones. Asimismo, se reconoce la presencia de las comunidades afroamericanas y su patrimonio religioso. De ahí que aparezca la inquietud de completar este aspecto de la misión como liberación con otro más, la inculturación.

De la adaptación a la inculturación

A partir de las distintas experiencias misioneras, se va tomando conciencia de que la acción misionera que se lleva a cabo debe distinguir entre la fe y las formas culturales. Ya la Congregación para la Propagación de la Fe, en 1659, en una declaración que no tuvo el impacto que se hubie-

ra querido en su tiempo y que terminó perdiéndose posteriormente, reconocía lo absurdo que sería transportar a la misión de China los ritos de Francia, España, Italia o de cualquier parte de Europa, en vez de llevar una fe que no rechaza ni desprecia los ritos y las costumbres, y pedía que no se convenciera a esos pueblos para que cambiaran sus ritos y costumbres, a menos que fueran claramente contrarios a la religión y a la moral.

Los esfuerzos misioneros llegarán a buscar la adaptación del mensaje evangélico a la cultura del lugar. Se tiene la idea de que hay un núcleo de la fe y que debe presentarse con el ropaje de la cultura nativa. Se escogen entonces elementos culturales nativos para envolver el mensaje evangélico. Esta actitud representa un acercamiento hacia el reconocimiento de la diversidad cultural del otro, pero todavía se mantiene en una etapa superficial o como en la antesala de la inculturación. Los cristianos africanos comienzan a captar que esta adaptación no es suficiente y quieren expresarse con todo lo que ellos son, con sus danzas, su música, sus tradiciones ancestrales. De hecho, algunos grupos africanos habían formado las llamadas “iglesias independientes”, que incluían los elementos esenciales del alma africana, y desde ahí habían cuestionado a las grandes iglesias consideradas de gran tradición cristiana. Además, esta adaptación corre el riesgo de tener un concepto de la cultura como una suma de elementos aislados y no como un simbólico y dinámico conjunto de elementos que los pueblos articulan con sus ritos y mitos, sus usos y costumbres, su sabiduría, para responder a los enigmas de la vida, el nacimiento, la muerte, el amor, el sufrimiento, el mal, etc., y donde cada elemento encuentra su sentido en el conjunto.

La inculturación es un desafío que se retoma en el Vaticano II. Aunque en sus documentos no aparece el término como tal, sí existe el interés y el espíritu por llevarla a cabo. *Ad Gentes* habla de

“una más profunda adaptación” (n. 22), y su intención se dirige a ir al encuentro de la fe teniendo en cuenta la sabiduría de los pueblos, sus costumbres, su sentido de la vida, su orden social. El padre Arrupe afirma en su *Carta sobre la inculturación* (1978) que la inculturación es la encarnación de la vida y del mensaje cristianos en un área cultural concreta. Y Juan Pablo II, en *Catechesi Tradendae* (1979), declara que aunque es un neologismo “expresa muy bien un factor del gran misterio de la encarnación”. Anteriormente citábamos la encíclica *Slavorum Apostoli* a propósito de la labor de Cirilo y Metodio, que es donde el papa se extiende profundizando en este tema. Asimismo, expone: “Por medio de la inculturación, la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos, con sus culturas, en su misma comunidad, transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro” (*Redentoris Missio* 52).

Se va tomando cada vez más conciencia por el pueblo de Dios, por los pastores, por los misioneros, por los agentes de pastoral y por los catequistas de que el Evangelio se debe encarnar en el corazón de la cultura. Para los misioneros y misioneras que llegan de fuera de la comunidad con una cultura diferente, el reto es integrarse en la comunidad local con una profunda estima, respetando procesos, tiempos, tradiciones, sin imponer métodos que quizá han dado buenos resultados en otros lugares pero que pertenecen a otro contexto. Se trata de colaborar con la comunidad buscando y discerniendo juntos los caminos del Espíritu. El misionero o misionera de fuera son como un catalizador. Al sentirlos parte de la comunidad, será esta misma la que les pida implícita o explícitamente dónde y cómo necesita su presencia.

El proceso de inculturación trata de superar una adaptación externa y de tocar la esencia de la

cultura; trata de que el Evangelio realmente penetre, se asimile y se exprese con las formas culturales propias. Esta responsabilidad queda en manos de las iglesias locales, pues es la comunidad local la que incultura y da luz al proceso. La inculturación permea los diferentes sectores de la vida eclesial y social, la liturgia, la catequesis, la evangelización, los ministerios, la teología, el arte, la literatura, el derecho, etc. Es un proceso largo, en continuo discernimiento, que dura toda la vida y en el que participa toda la comunidad con su diversidad de ministerios, buscando incidir en todo su contexto social. Hay que tener en cuenta que la cultura no es estática, sino dinámica, y que tiene que ver con la vida de los pueblos y hacer frente a los cambios a los que está expuesta, a la relación con otras culturas y otras religiones, a la industrialización, las comunicaciones y las nuevas tecnologías, al impacto de los medios, a las migraciones, la violencia y la pobreza en todas sus formas, hasta enfrentarse con el riesgo de su propia desaparición. De ahí que la inculturación del Evangelio en una iglesia local de un área cultural concreta no tiene que quedarse cerrada en sí misma, sino que debe tender a la interculturalidad, a compartir sus logros, fracasos y preguntas con otras iglesias y a verse implicada con ellas en problemáticas comunes a las que tiene que responder en un contexto de pluralismo y de continuos cambios.

La inculturación es un hecho teológico reconocido, pero en la práctica no siempre se lleva a cabo en las iglesias locales y encuentra dificultades para realizarse. Quizá uno de los sectores más trabajados en este aspecto en algunas iglesias son la liturgia y la catequesis. Pero la inculturación tiene que abarcar todos los sectores de la vida eclesial y social, y esto incluye también los ministerios; en el caso de que los ministerios actuales no respondan a las necesidades que se presentan, habría que poner atención a la voz del Espíritu

para crear aquellos que se necesiten para ofrecer un mejor servicio en una nueva época. Además, el desafío también se le presenta a la reflexión teológica en la búsqueda de categorías teológicas propias. Así, por ejemplo, en África se comienza a hablar de Cristo ancestro, ya que la ancestralización es una práctica fundamental y compleja de las culturas africanas. Si Cristo es considerado ancestro, esto indica que se lo han apropiado y que desde ahí se cuestiona y evalúa la ancestralización.

La inculturación se ha pensado desde el misterio de la encarnación, pero este misterio no está desvinculado de otros. Por eso, la inculturación también pasa por el misterio pascual. Algo muere y algo resucita en las culturas. No todo en las culturas favorece la vida de los pueblos y de todos sus miembros, hombres y mujeres, de todas las generaciones y condiciones. Hay aspectos negativos arraigados y cuestionables que deben morir, como el machismo en todas sus variantes contra las mujeres, la falta de respeto y reconocimiento de los indígenas, el olvido y descuido de las personas ancianas, el racismo y las diversas discriminaciones. Sólo un profundo discernimiento personal, comunitario e intercomunitario y una verdadera conversión al Evangelio podrán desenmascararlos y buscar los remedios eficaces, pues en ocasiones se presentan como ángeles de luz y se pasean por la misma iglesia. En este sentido, el Evangelio, aunque penetre en una cultura, no se identifica con ella, sino que es contracultural y busca su liberación.

El diálogo interreligioso

Otro de los aspectos para tomar en cuenta en la misión de la Iglesia es el diálogo interreligioso. Esta necesidad surgió de las iglesias de Asia. En ese continente, los cristianos son una minoría en comparación con los creyentes de las grandes reli-

giones presentes allí desde hace siglos: budismo, hinduismo, taoísmo, confucianismo, islam. De ahí que las comunidades cristianas asiáticas hayan tenido que convivir con creyentes de otras religiones desde sus inicios y verse movidas a emprender un diálogo con ellos. En el diálogo se comparten valores culturales, religiosos y espirituales, y los problemas sociales y políticos que les afectan. Por eso, estas iglesias han reconocido valores positivos en otras religiones y conciben la misión como diálogo, aunque éste resulte difícil en algunas partes y las iglesias y los cristianos sean constantemente perseguidos.

A partir del Vaticano II se comienza a reconocer y valorar de una manera positiva elementos de otras religiones. El Vaticano II hizo presente esta inquietud venida Asia en su declaración *Nostra aetate* (1965), “sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas”. Se habla de las religiones de las que se esperan respuestas a los enigmas de la condición humana y se enuncian valores del budismo, del hinduismo, del judaísmo y del islam. Se contempla a Dios como el origen y destino común de todos los pueblos. Se afirma que la Iglesia católica no rechaza lo que en estas religiones hay de verdadero y santo, y que respeta sus modos de obrar y de vivir, sus preceptos y doctrinas, ya que no pocas veces reflejan un destello de esa Verdad que ilumina a todos los hombres. Retomando la propuesta de Justino, filósofo y mártir del siglo II que captaba semillas del Verbo divino revelado en Jesucristo en la virtud y sabiduría de las doctrinas y filosofías precristianas, se deja ver aquí la presencia de aquéllas (AG 11).

Se hace un llamamiento a los cristianos para conducirse fraternalmente y en paz con todos los hombres. Se rechaza cualquier discriminación por motivos de raza, color, condición o religión. En este sentido, la misión a través del diálogo interreligioso tiene como objetivo la paz y la unidad

entre los creyentes y también entre los pueblos. Por eso, para la Iglesia católica fue un acto significativo el encuentro de Asís convocado por Juan Pablo II el 27 de octubre de 1986 para orar por la paz con los representantes de diversas religiones y para meditar sobre la responsabilidad de trabajar por ella a la luz del símbolo de san Francisco, reconocido como símbolo de paz, de reconciliación y fraternidad. El papa reconoce que “toda oración auténtica se encuentra bajo la influencia del Espíritu”, que intercede con insistencia por nosotros. En este sentido, se da un avance significativo en la apreciación de las religiones, se reconoce que en ellas actúa el Espíritu³ y se trata del mismo Espíritu que guía a la Iglesia. Lo que podemos notar también es un cambio en el lenguaje para referirse a las religiones. Ya no se habla de “religiones no cristianas”; ahora se habla de “diversas religiones” o de “otras religiones”. La primera expresión significaba calificarlas a partir de lo que no son y no reconocerlas por lo que son y significan. Además, esta mirada nueva hacia las religiones se vincula con el respeto a la libertad religiosa.

El pontificado de Juan Pablo II ha sido el que más ha promovido el acercamiento a las otras tradiciones religiosas. Se cuentan más de trescientos mensajes dirigidos a diversos pueblos y representantes religiosos del judaísmo, del islam, del hinduismo, del budismo, de las religiones tradicionales indígenas, etc. Sin embargo, toca a cada uno de los cristianos abrir su corazón y disponer un lugar respetuoso y venerable en su interior para recibir lo sagrado que le viene del otro creyente compañero de camino hacia la plenitud del Reino y de la Verdad. El diálogo con miembros de otras religiones puede llevarse a cabo a través de diversos tipos

³ Esto se afirma en *Redemptoris Missio* 28: “La presencia y la actividad del Espíritu no afectan únicamente a los individuos, sino también a la sociedad, a la historia, a los pueblos, a las culturas y a las religiones”.

de encuentro, de formas y expresiones, siempre con una actitud de respeto, atención, acogida e interés por la otra persona. Además, aceptando que cuando se dialoga es porque ambas personas quieren hacerlo, se acepta libremente y se espera una igualdad de condiciones.

A partir de diversas experiencias, el Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso y la Congregación para la Evangelización exponen cuatro tipos de diálogo: el diálogo de la vida, el diálogo de las obras, el diálogo de intercambios teológicos y el diálogo de las experiencias religiosas, sin que por eso se limite la creatividad y las diversas formas que puedan surgir para este motivo⁴. El documento *Diálogo y anuncio* contiene afirmaciones importantes sin precedentes, que avanzan en la valoración del rol que juegan las religiones en la salvación en Jesucristo de sus miembros: “El misterio de salvación los toca, sin embargo, por vías que sólo Dios conoce, gracias a la acción invisible del Espíritu de Cristo. Concretamente, es a través de la práctica sincera de lo que es bueno en sus propias tradiciones religiosas, y siguiendo los dictámenes de su conciencia, como los miembros de las otras religiones responden positivamente a la llamada de Dios y reciben la salvación en Jesucristo, aun si ellos no lo reconocen ni lo confiesan como su salvador (AG 3, 9, 11)”. Con estas palabras se pasa de la “teoría del cumplimiento”⁵ a la de la presencia activa del misterio de Jesucristo en las tradiciones religiosas.

⁴ Cf. Consejo Pontificio para el Diálogo Interreligioso y Congregación para la Evangelización de los Pueblos, “Diálogo y anuncio”, en *La Iglesia misionera*, BAC, Madrid 1994, 555-595.

⁵ Según esta teoría, las otras religiones sólo representan la búsqueda de Dios por la persona humana, pero no juegan ningún rol en el misterio de salvación y se convierten en obsoletas por el hecho mismo de alcanzar su cumplimiento en el cristianismo.

Con respecto al diálogo entre tradiciones religiosas, en el discurso oficial del Magisterio de la Iglesia se distingue el diálogo interreligioso que se lleva a cabo entre el cristianismo y las otras religiones, y el diálogo ecuménico que se lleva a cabo entre los cristianos de distintas confesiones: católica, ortodoxa, luterana, anglicana, etc. Sin embargo, la distinción no siempre suele hacerse en el lenguaje religioso común, y se habla de ecumenismo en un sentido amplio y etimológico, refiriéndose a toda la “ecumene”, la tierra habitada, donde pueden encontrarse y convivir todas las confesiones y tradiciones religiosas. De ahí que en algunos foros y encuentros se llegan a utilizar las dos expresiones como sinónimas.

En los siguientes tipos de diálogo tendremos presentes no sólo a los creyentes de otras religiones, sino también a los cristianos de otras confesiones. Asimismo, a quienes se confiesan de ninguna religión, que se encontrarían entre los primeros tipos de encuentro dialogal. Ciertamente, el diálogo no siempre es fácil, y exige sinceridad por ambas partes y no ocultar las diferencias, que pueden ser grandes e incluso llegar a contradicciones profundas, pero siempre deben respetarse. Como en todo diálogo, es importante mantener el principio a la diferencia y buscar en esa diferencia la comprensión y la estima sincera de las convicciones de las personas implicadas. El diálogo tiende a un enriquecimiento mutuo en el que cada una de las partes da y a su vez recibe. En un diálogo sincero, las críticas siempre serán constructivas y deberán recibirse con agradecimiento. Las personas aprenden a conocer más de los otros, pero también a conocer más de ellas mismas y, además, evalúan y profundizan sus propias creencias, convicciones y tradiciones.

En el diálogo de la vida, las personas se esfuerzan por vivir en un espíritu de apertura y de buena vecindad, compartiendo sus alegrías y pe-

nas, sus problemas y preocupaciones. Este diálogo invita a los cristianos, hombres, mujeres, jóvenes, niños y niñas, a realizarlo en el medio en que viven, trabajan o se trasladan. Hay que tener en cuenta que la migración –legal o ilegal– por diferentes motivos, de trabajo, de estudios, de búsqueda de una mejor calidad de vida, de búsqueda de asilo y refugio, hace que el encuentro con personas de otras religiones o tradiciones espirituales no tenga un lugar único y fijo, ya sea que encontremos personas de otras confesiones religiosas que llegan a nuestros países o que nosotros mismos nos desplazemos a otros países, regiones o pueblos. Por eso, es fundamental el testimonio, sobre todo de laicos y laicas, de una iglesia local que dialoga con otros creyentes y que anuncia un Evangelio de acogida, comprensión, respeto y reconocimiento a quienes también el Espíritu de Dios se les ha hecho presente a través de sus religiones y tradiciones. Además, habría que esforzarse por tener un conocimiento de las otras religiones y de sus prácticas y costumbres. De esta forma, se podrá dar un mejor servicio sin herir la sensibilidad religiosa de las personas. Por otro lado, se trataría asimismo de ofrecer un testimonio que se preocupa, acoge, respeta y dialoga no sólo con los creyentes, sino también con los ateos, los no creyentes y los indiferentes.

En el diálogo de las obras, los cristianos y los otros creyentes y no creyentes colaboran con vistas al desarrollo integral y la liberación de toda opresión. Se contemplan obras de carácter humanitario, social, económico, político. Este diálogo se ejerce sobre todo en organizaciones locales, nacionales e internacionales, como pueden ser las distintas asociaciones y organizaciones no gubernamentales, por los derechos humanos, por la abolición de la tortura, por la abolición de la violencia contra las mujeres, por una mejor calidad de vida para los pueblos indí-

genas, para las personas discapacitadas, para los emigrantes, para los refugiados, para los drogadictos; organizaciones que luchan contra el hambre, contra el sida, por un comercio justo... En el diálogo de las obras se contempla trabajar por los valores del Reino, la justicia, la verdad, la solidaridad, la vida.

Por otra parte, en algunas iglesias comienza a sentirse la presencia de otros creyentes en el interior de sus mismas obras. Obras iniciadas por la Iglesia en favor de los más pobres y excluidos atraen la atención de otros creyentes que quieren y piden incorporarse a trabajar en ellas. En este sentido, la Iglesia local tendría que contemplar en su plan pastoral cómo responder a la presencia y relación más íntima con otros creyentes que no buscan convertirse al cristianismo pero desean colaborar en las obras que emprende. Por otro lado, con las continuas migraciones, también hay creyentes de otras religiones que piden ser aceptados en la Iglesia y solicitan el bautismo. Aunque es cierto que se tienen que revisar las intenciones de su petición, es significativo que mientras se da una descristianización europea y el ateísmo en una sociedad secularizada y democrática, acuden precisamente a las iglesias europeas personas de otras religiones pidiendo el bautismo y su incorporación a la Iglesia. En ocasiones acuden también por este motivo europeos –adolescentes, jóvenes e incluso adultos– que han crecido en familias ateas. De ahí que el testimonio personal de los cristianos en las sociedades secularizadas cada vez sea más importante y no carezca de sentido ni de una trascendencia que va más allá del momento puntual del testimonio. Hay que tener siempre presente que la misión es de Dios y que él tiene sus propios caminos.

En el diálogo de los intercambios teológicos, teólogas y teólogos buscan profundizar la comprensión de sus respectivas herencias religiosas y

apreciar sus valores espirituales. Este diálogo teológico interreligioso puede ayudar a avanzar a la teología cristiana al escuchar las preguntas, dudas y propuestas de sus interlocutores. La teología cristiana se encuentra aquí ante el reto de explicarse en un mundo plural ante quienes no comparten su misma tradición pero quizá tienen un cierto conocimiento de ella.

Del mismo modo, en este diálogo se pueden solicitar explicaciones o precisiones a los demás participantes. Por otra parte, en el diálogo de la experiencia religiosa, las personas enraizadas en sus propias tradiciones religiosas comparten sus riquezas espirituales: la oración, las distintas formas de meditación, la contemplación, la lectura de sus libros sagrados, la fe, los caminos de búsqueda de Dios o del Absoluto. Estos dos últimos tipos de diálogo serán más significativos si parten de una experiencia enriquecida a partir del diálogo de vida y concluyen en el diálogo de las obras. Pudimos apreciar cómo ante la tragedia del tsunami del año 2004, la oración interreligiosa brotó con todo un sentido de solidaridad efectiva en muchas partes del planeta. La urgencia del diálogo interreligioso es cada vez más necesaria en búsqueda de la solidaridad y la paz. Los conflictos violentos en diversas regiones, entremezclados con cuestiones religiosas, políticas y económicas, lo hacen cada vez más urgente, sobre todo en sentido profético, para desenmascarar los verdaderos intereses que se esconden detrás de ellos. Y para revelar que la verdad profunda de las religiones es promover la vida y trabajar por una convivencia justa y pacífica. Las religiones no son iguales, y desde su particularidad cada una está llamada a aportar lo mejor para la humanidad.

El interés de la Iglesia católica por avanzar en el diálogo interreligioso ha motivado a muchos cristianos, hombres y mujeres, de las iglesias de Asia, América, África y Oceanía a realizar ese

diálogo en su propio corazón. Si en algún momento fueron obligados a rechazar su tradición religiosa ancestral para ser aceptados como cristianos, ésta nunca desapareció, y permaneció en lo profundo de su corazón. Por eso, ahora buscan una reconciliación, un diálogo intrarreligioso que consideran totalmente posible. Éste es un desafío para la misión en cada Iglesia local, ya que esta reconciliación y convivencia de tradiciones es una aspiración no sólo individual, sino que se deja sentir en las comunidades. De ahí que este diálogo no puede dejarse al margen de la agenda del proceso de inculturación y liberación.

La armonía con la naturaleza

Los pueblos indígenas de América y, por lo general, los indígenas de todo el mundo conservan un gran respeto y reverencia por la naturaleza. Hablan de la madre naturaleza y con la madre naturaleza, con la madre tierra. Le piden permiso para sembrar y disculpas porque al abrir los surcos la van a herir. Cuidan los ríos, las cascadas, las cuevas y los montes; para ellos, son ermitas naturales donde elevan su oración y son motivo de encuentro y de continuo agradecimiento a Dios-Padre-Madre. Gozan de una sensibilidad para captar la relación entre el ser humano y su entorno natural. La tierra es bendita porque es el lugar donde se reúne la comunidad. Por eso, cuestionan el uso explotador e irracional que se hace de ella y de todos sus recursos, así como la privatización egoísta de los mismos. De ahí que en muchas partes hayan tenido que emprender una lucha por la tierra que es una lucha por la supervivencia. ¡La tierra es de todos los pueblos!

Las iglesias con mayoría indígena de América comparten su preocupación y aportan su especificidad a la Iglesia universal y al mundo

desde el cuidado y el respeto a la vida de la naturaleza, que repercute en la vida de los pueblos. Los indígenas cristianos asumen esta labor como una misión querida por Dios y como un servicio a la humanidad. En su proyecto de creación, Dios puso al hombre en el jardín para que lo labrara y cuidara (Gn 2,15).

Estas comunidades se ven como continuadoras de este proyecto. Para ellas, el Dios Creador es el mismo que el Dios Redentor, y en el proyecto de salvación está incluida la naturaleza. Por eso, esta relación vital que tienen con ella les invita a su cuidado, respeto y defensa. Es una tarea y una respuesta de agradecimiento a la presencia creadora y providente de la divina Sabiduría que se manifiesta en la madre tierra. ¿Acaso no sería éste un deber en la misión de toda comunidad cristiana, asumiendo cada una su responsabilidad y consecuencias desde donde se encuentra situada? Un cuidado y uso racional compartido de los recursos naturales; un respeto por los pueblos indígenas y sus tierras, con sus recursos; una conciencia y una actitud responsables ante el ecosistema; una denuncia de las empresas que se apoderan de los recursos y los privatizan a costa del desplazamiento y el etnocidio de comunidades, etc. Se trataría de hacer justicia a los pueblos del mundo que sufren la negación violenta a su derecho al uso y disfrute de los bienes naturales; de recordar y aplicar, entre otras, las enseñanzas de la Iglesia sobre el destino universal de los bienes. Hay que tener en cuenta que la naturaleza también forma parte de la historia de la salvación de la humanidad. Y se va transformando con ella hacia una nueva tierra. Algunas veces se ha acusado al cristianismo de ser el causante de los destrozos del ecosistema al basarse en una interpretación errónea del mandato referente a “dominar la tierra” del Génesis. Queda abierta la confirmación o el rechazo de estas afirmaciones.

El testimonio

Jesús da testimonio de lo que ha visto y oído. Testimonia con palabras y obras. Nos habla del Reino del Padre, de la verdad, del amor y de la misericordia de Dios, pues el Hijo conoce bien al Padre y habla de lo que le ha enseñado. Nos dice la verdad que oyó de Dios. Lo que busca no es hacer su propia voluntad, sino la voluntad de quien le ha enviado. Las obras que él realiza las hace en nombre del Padre. El Espíritu da testimonio de Jesús y asocia a la Iglesia a su testimonio, la guía y le ayuda a seguir con fidelidad sus enseñanzas y a continuar su misión. Por eso, para dar un testimonio fiel de Cristo Jesús, primero se pasa por ser discípula o discípulo en atento y profundo aprendizaje participativo del Evangelio. Jesús no quería que sus discípulos comenzaran a hablar de él (Mc 8,30) hasta que conocieran realmente quién era y cuál era su misión, pues habla de un Reino cuyas características van en contra de las actitudes normalmente admitidas en la sociedad. Se pone del lado de los pobres y se identifica con ellos: con el hambriento, el sediento, el desnudo, el extranjero, el enfermo, el preso (Mt 25,37-40). Su conducta muestra la misericordia hacia éstos a los que la sociedad margina; cura a los leprosos, come con prostitutas y pecadores. Cuestiona una religión que oprime la vida de hombres, mujeres y niños. Se compadece del dolor humano y del sufrimiento. Realiza el Reino como servicio hasta las últimas consecuencias. Se expone a las críticas y a las amenazas, y su muerte de cruz será una consecuencia de la fidelidad a su misión y la expresión del amor llevado hasta el extremo. Su resurrección y el envío del Espíritu Santo harán comprender a sus discípulos, hombres y mujeres, la realidad de la misión y el sentido del testimonio.

El testigo bíblico (*martys* en griego) no es sólo un testigo ocular, sino que es también activo.

Los testimonios no sólo son orales, ya que las acciones forman parte del acto de testimoniar (Jn 10,25). A finales del siglo I, se llamará “mártires” a los hombres y mujeres que han profesado su fe en el Evangelio y han muerto corriendo la misma suerte que el Maestro. De ahí que cada miembro de la Iglesia, para ser un verdadero testigo, necesita nutrirse continuamente de las enseñanzas del Maestro, pues de lo que se trata es de transmitir y compartir en la misión no sólo palabras que pueden quedar en fórmulas sin sentido, sino la Palabra. Se trata de compartir la fe en un mensaje hecho vida en obras y palabras. Por eso, el discernimiento continuo, el discernimiento personal y comunitario, es importante para revisar que las palabras y actitudes que se tienen son realmente conformes con el Evangelio, para revisar que el Dios que se predica es el Dios de Jesús y no un ídolo. De ahí también la importancia capital de una vida enraizada en la oración, en los sacramentos y en una espiritualidad profunda; la importancia capital de estudiar y formarse teniendo en cuenta las necesidades del contexto.

Para Pablo, que está considerado uno de los testigos misioneros más significativos en la historia de la Iglesia primitiva, el amor era fundamental en la misión. Se podían tener otros dones espirituales: fe, profecía, conocimiento, ciencia... Sin embargo, con todos ellos y “aunque entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha” (1 Cor 13,3). Este mensaje es coherente con la misión del Hijo, enviado para dar testimonio del amor trinitario. En la misión de la Iglesia, es esencial aprender a vivir el amor en comunidad para poderlo transmitir. En ocasiones se da más importancia a buscar mejores métodos pedagógicos de evangelización y estrategias misioneras que a las actitudes que pueden mostrar el amor de Dios ante los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de las personas, sobre todo

de los más pobres. Quizá se pueden cuestionar los métodos en la evangelización de Francisco Xavier o de los misioneros y misioneras de aquella y de otras épocas, pero lo que no se les puede cuestionar a muchos de ellos es su amor, su entrega y servicio a los más pobres y necesitados. Esto es lo que, en muchos casos, convenció a la gente de que se trataba de un buen mensaje, de un mensaje por la vida, pues algunos misioneros no siempre lograban hablar la lengua del lugar, y su aval era solamente su presencia, su testimonio activo según el Evangelio de Jesús y la denuncia que emprendían frente al poder colonial. Ese testimonio también es el que posteriormente ha inspirado a otros hombres y mujeres a seguir en la evangelización y en la misión. Recuerdo que una vez encontré a una religiosa africana de Benin que quería practicar su español hablando conmigo. Me contó que su interés por aprender español venía del deseo de agradecer, después de varios siglos, a Pedro Claver el bien que había hecho por sus antepasados cuando fueron arrancados de África para ser llevados como esclavos a América. Ella quería ir a América para poder compartir con los latinoamericanos su agradecimiento a ese hombre y su fe en Cristo y para ponerse al servicio de las comunidades más pobres de América Latina.

El testigo, misionero o misionera, es colaborador; no va a imponerse al lugar que llega, sino a incorporarse con respeto y veneración a una comunidad y a ponerse al servicio de lo que el Espíritu ha hecho y quiere hacer en la comunidad cristiana o en comunidades que no han oído hablar del cristianismo pero, sin embargo, el Espíritu ha estado trabajando en ellas. El misionero es así un doble testigo: por un lado, da testimonio del Evangelio en el que cree y, por otro, es testigo de lo que el Espíritu ha hecho en otros pueblos. Además, narra su experiencia de Dios y cómo Dios se le ha hecho presente, y, así-

mismo, oye hablar a las comunidades –ya sean cristianas o no– de lo que Dios también ha hecho en ellas. En este aspecto, hay una evangelización y edificación en doble sentido, pues ambos se cuentan y comparten las maravillas de Dios que no conocían. Así se puede comenzar a tejer un proyecto de vida juntos.

El testimonio personal y comunitario de los discípulos y discípulas de Jesús da cuenta de un amor sin acepción de personas. De ahí que los testigos, hombres y mujeres, están llamados a hacer visible lo invisible, donde se encuentren situados. Tienen que ponerse al servicio de los que la sociedad ignora y hacerlos visibles con la dignidad de hijos e hijas de Dios. Ésta es una tarea pendiente que debe comenzar la Iglesia católica desde su interior, ya que no todos sus miembros gozan de la visibilidad y el reconocimiento que les corresponde. Tal es el caso de muchos laicos, de la gran mayoría de las mujeres, de los pueblos autóctonos, de mucha gente que padece exclusión y pobreza en los países del Norte y, sobre todo, del Sur. A las nuevas generaciones no les atrae una Iglesia que no respeta ni escucha la voz y las necesidades de todos sus miembros. Hay voces que son silenciadas en toda la humanidad: por el hambre, el desempleo, las enfermedades, las intolerancias religiosas, políticas, étnicas, de género, etc. Y si, en vez de ser crítica y ofrecer una alternativa a las opresiones que la sociedad impone, las continúa ella misma sin dejarse cuestionar por el Evangelio, la Iglesia se juega aquí su credibilidad en un mundo plural y globalizado. Si la Iglesia quiere ser fiel a la misión de Jesús, tiene que replantearse su propio proceder en la historia y seguir con docilidad los caminos por donde el Espíritu la quiere llevar.

El testimonio ecuménico de los grupos cristianos es también cada vez más importante. Se trata de ir viviendo la unidad rogada por Jesús para que el mundo crea. En la evangelización,

muchas veces las rivalidades entre cristianos de distintas confesiones han desgarrado comunidades y pueblos. Sin embargo, es posible fomentar la unidad de distintas formas a través de la amistad, en la oración, en las celebraciones, en la ayuda mutua en la vida cotidiana, en la práctica de la justicia, en el estudio de los textos bíblicos.

Hacia una Iglesia autóctona y misionera

Uno de los objetivos de la misión es el surgimiento y el trabajo evangelizador de las iglesias locales y el enriquecimiento mutuo en bienes materiales y espirituales. En esta parte vamos a acercarnos un poco a la experiencia eclesial que se está llevando a cabo en las comunidades indígenas tseltales, de las regiones de Chilón, Arena y Bachajón, en el sureste de Chiapas (México), a cargo de los misioneros jesuitas y su equipo de colaboradoras y colaboradores. Estas comunidades ofrecen a las iglesias el testimonio de la posibilidad de un cristianismo inculturado, liberador, dialogante y en armonía con la madre tierra.

Los pueblos tseltales son descendientes de los antiguos mayas, conocidos mundialmente por su valiosa civilización, que dio origen a grandes centros ceremoniales, como Palenque, Bonampak y Chichén-Itza, que se encuentran en México; Tikal, en Guatemala, y Copán, en Honduras. Son centros que florecieron en la época de apogeo de los mayas, durante los siglos III-IX d.C. Mientras que los antiguos mayas siguen siendo altamente reconocidos por sus profundos conocimientos en matemáticas, astronomía, arquitectura, escultura, los actuales mayas, tseltales, tsotsiles, ch'oles, tojolabales, etc., permanecen casi invisibles. Las comunidades tseltales se encuentran enclavadas en la parte boscosa y selvática del Estado de Chiapas.

Forman parte de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, que ha heredado el espíritu de defensa de los indios de su célebre obispo del siglo XVI fray Bartolomé de las Casas. Este espíritu es el que continuó el obispo don Samuel Ruiz García durante 40 años a partir de 1960 y el que ha seguido su sucesor, don Felipe Arizmendi. Don Samuel fue sensible a la grave situación de opresión y condiciones infrahumanas que bajo nuevas formas de esclavitud y explotación padecen estos pueblos. De ahí que no dudara en asumir una opción preferencial por los pobres y en plantearse una pastoral indígena. Esta prioridad se vio enriquecida por el interés de llevar a cabo en su diócesis la renovación del Concilio Vaticano II, apoyada por las conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo.

Su proyecto pastoral no era de escritorio, sino que partía de las necesidades de los pueblos indígenas para ir construyendo con ellos los caminos por donde tenía que edificarse una Iglesia autóctona y evangelizadora. Los distintos misioneros y misioneras de la diócesis se unieron a este proyecto. Una de las prioridades consistió y consiste en aprender la lengua y la cultura de las comunidades en las que colaboran, ya sea tsel'tal, ch'ol, tsotsil, tojolabal. A través de distintos cursos y enseñanzas se ha ido formando y fortaleciendo la diversidad de ministros y servidores, hombres y mujeres autóctonos que colaboran con una profunda generosidad y entrega. De esta forma, las comunidades indígenas han ido madurando y haciéndose cargo de la evangelización y atención de ellas mismas. Se forjan así los cimientos de la Iglesia autóctona (*Ad Gentes* 6). Se trata de una Iglesia que busca ir inculturando cada vez más el Evangelio y, desde ahí, la defensa de los derechos humanos y de la tierra, que brota desde un compromiso que integra la fe y la vida. Además, intenta realizar el diálogo con su sabiduría ancestral, que se encuentra impreg-

nada de las semillas del Verbo y procura la armonía con la naturaleza, con la que mantiene un vínculo vital.

Los pueblos tseltales, como por lo general los pueblos indígenas, tienen un gran sentido comunitario. Lo comunitario forma parte de su esencia. De ahí que la eclesiología de comunión del Vaticano II encuentre sintonía con su cultura comunitaria. Estos pueblos han procurado conservar esta vida comunitaria apoyándose en tres puntales: el servicio, el respeto a los acuerdos y la hospitalidad. El servicio lo concretizan a través de diversos ministerios y cargos que se llevan a cabo en la comunidad. El respeto a los acuerdos se fundamenta en la importancia que conceden a *la palabra*: la palabra es sagrada. Ellos dicen “palabra” y no “palabras”. Hay que recordar que estamos refiriéndonos a pueblos con una importante cultura de la oralidad, donde la palabra es esencial en todos los aspectos de la vida y en la formación de sus miembros. La palabra se sostiene. Para ellos, la palabra es hacer: lo que se dice se hace. Los indígenas tseltales, como también otros, hacen una distinción radical entre “palabra”, que es consistente, sólida y refleja el ser profundo de la persona, lo que tiene en su corazón, y “palabras”, que son superficiales, vacías, traicioneras, engañosas y sin una raíz profunda en el corazón de la persona. De ahí que para ellos sea importante respetar los acuerdos y cumplirlos con fidelidad. Desde ahí captan con profundidad que Dios tiene Palabra y cumple los acuerdos. Y como esto lo han visto también en Jesús, esperan lo mismo de sus enviados. Por otra parte, las comunidades no se cierran en sí mismas —excepto cuando son amenazadas—, sino que viven la *hospitalidad*, conservan un corazón acogedor y expresan preocupación, cuidado y ayuda a quien viene de fuera. Están abiertas a personas ajenas a su cultura y son receptivas con las aportaciones de otras iglesias particulares. Llevan a cabo

un diálogo intercultural e intereclesial hasta donde les es posible.

La importancia de la traducción

A través de la historia de las misiones y la evangelización se aprecia la necesidad y la relevancia de vivir el cristianismo en la lengua y cultura propias de cada lugar. Por eso, uno de los ministerios más necesarios y de gran responsabilidad es el de traductor, ya que lleva a cabo todo un trabajo de interpretación e inculturación. Éste es el caso de la traducción de la Biblia al tselal por un equipo de tseltales y misioneros jesuitas a lo largo de 35 años. Se utilizó una traducción dinámica, es decir, una traducción que trata de lograr expresiones que respeten el sentido original del texto y, a su vez, asuman los modos propios de la cultura para nombrar las cosas y los acontecimientos⁶. En este trabajo colaboraron los tseltales Abelino Guzmán y Gilberto Moreno, quienes se conciben como un “puente” para sus hermanos. Abelino comenta: “Yo no soñaba con llegar a traducir las sagradas palabras de Dios, pero, cuando empezamos con los salmos, me sentí algo especial, como un puente para mis hermanos. Y cuando ya decidimos entrar a toda la Biblia, se puede decir que le dediqué parte de mi vida”. Asimismo, Gilberto expresa: “Doy gracias al Padre porque me conservó mi pedazo de carne para poder realizar este trabajo, que no fue de un momento a otro y, aún más, que me dio la oportunidad de conocer y entender un poco más su Palabra. Y, al mismo tiempo, me permitió ser

⁶ El 12 de julio de 2005, en una gran ceremonia festiva en la comunidad de Guadalupe Paxiljá, Chis, se presentó formalmente la *Biblia tselal*. Para mayor información sobre este proyecto se puede consultar F. Modad Aguilar, S.J., “El pueblo tselal: su lengua y su Biblia”, en *Nuestra Comunidad* 157 (18 abril 2005), revista semanal de la Universidad Iberoamericana.

como el puente entre los misioneros y mis hermanos de la etnia tseltal, ser como el intermediario entre Dios y su Pueblo, que no entendía su palabra porque se leía en español...”⁷

La preparación y la formación de los ministros y servidores se ofrece en tseltal por los mismos tseltales, por los misioneros jesuitas o por las hermanas del Divino Pastor. Pero se enriquecen invitando a impartir cursos a personas de otras iglesias particulares, de universidades, de centros de derechos humanos, de proyectos de promoción humana y de la salud, de centros de espiritualidad. En esta labor también se cuenta con traductores, hombres y mujeres tseltales, adultos y jóvenes, que conocen la temática y la interpretan en su lengua. Generalmente, las enseñanzas orales se acompañan con un cuaderno escrito, ya sea en tseltal o bilingüe tseltal-español. Con este instrumento estudian al terminar sus labores del campo. Los traductores colaboran en el encuentro de las iglesias llamadas hermanas de Estados Unidos, por ejemplo, que los visitan y comparten su fe y los problemas de estos pueblos. Como expresan Abelino y Gilberto, los traductores son un puente. Y este puente es un puente evangelizador tanto de un lado como del otro. Su labor es relevante, ya que forma parte de la red de relaciones y ayuda mutua entre personas de distintas culturas y entre unas comunidades y otras, que es lo que se pretende en la misión de la Iglesia y que continúa así la forma de proceder de las comunidades del cristianismo primitivo.

Los ministerios al servicio de la misión

El ministerio del diaconado que recuperó el Vaticano II está presente. Estas comunidades han

⁷ Cf. E. Maurer, I. Morales, F. Modad., “Un pueblo, su lengua, una Biblia. El fruto de 35 años de labor constante y paciente”, en *Jesuitas de México*, 32 (2005) 6.

tenido la fortuna, no sin problemas, de contar con diáconos casados, que surgen y se presentan por la misma comunidad. Son personas probadas en el servicio ejercido durante mucho tiempo y ya han asumido otros ministerios, como el de catequistas, por ejemplo. La gran mayoría de ellos ha pasado por una experiencia de esclavitud en las fincas. Además, atienden a la vida y subsistencia de sus propias familias, ya que su servicio es gratuito. Y están sujetos a los tiempos y ritmos de la vida del campo, con sus siembras y cosechas. El trabajo de los diáconos es fundamental, ya que en caso de no contar con ellos las comunidades permanecerían aisladas debido a que en muchas de ellas no se habla español, sobre todo por parte de las mujeres. Además, las comunidades están en lugares muy alejados de la parroquia a la que pertenecen —se encuentra en la selva, a varias horas de camino—, y no hay suficientes sacerdotes misioneros que hablen tseltal y tampoco se cuenta con sacerdotes tseltales que las atiendan. Sin embargo, los diáconos son tseltales, con todas las implicaciones culturales que esto supone: la lengua, la cosmovisión, las costumbres, la mentalidad, etc. Se trata así de que se tengan ministerios inculturados. Los diáconos, para ejercer su ministerio, son apoyados por un equipo de laicos y laicas al que se le llama “la comitiva.”

En la comitiva participa la esposa del diácono, que colabora con él y es ministra extraordinaria de la eucaristía; imparte cursos y apoya a las mujeres de su comunidad, así como a las mujeres que han asumido otros ministerios. Además, las mujeres han asumido el trabajo de cuidar la tierra con abonos naturales. En esta comitiva se encuentran otros dos matrimonios más, el matrimonio de principales, que vigila para que el diácono realice eficazmente su trabajo y le aconseja cuando lo ve conveniente con respecto a los problemas y necesidades de la comunidad, y el matrimonio de los secretarios, que levanta las actas, escribe las

explicaciones de los cursos que reciben para su formación continua y, además, registra por escrito los diversos acuerdos tomados. La comitiva asiste a cursos relacionados con el ejercicio del ministerio diaconal, de evangelización, de teología y después transmite las enseñanzas a sus comunidades y a otros diáconos. De esta manera se pueden ir formando ministros y ministras dentro del espíritu comunitario indígena, para llevar a cabo la misión en sus distintos pueblos.

Asimismo, en las comunidades participan catequistas, acólitos, lectores, religiosas, principales, presidentes de ermita, músicos, visitantes y arregladores de conflictos, traductores, promotores de derechos humanos, promotores de salud, cuidadores de la tierra, médicos de medicina tradicional y no tradicional, maestros, licenciados, etc. Al final de esta lista todavía incompleta aparecen tres tipos de trabajo profesional, los médicos, los maestros y los licenciados (abogados, sobre todo) y en razón de que realizan su trabajo para la edificación de la comunidad también son apreciados como un servicio con sentido eclesial. No podemos explicar cada uno de los ministerios y servicios, pero basta nombrarlos para hacerse una idea de todo el trabajo que los respalda. Detrás de cada uno de ellos hay una historia y una necesidad a la que se responde por el bien de las comunidades. Ellas son las que eligen a los miembros para solicitarles un ministerio, un servicio, un cargo. Se toma en cuenta la vida de la comunidad en su contexto religioso, socio-cultural, político, económico.

Las comunidades son conscientes de que la diversidad de ministerios con la que cuentan edifica al pueblo de Dios y es producto de la labor del Espíritu presente en ellas. Esta toma de conciencia la han expresado a través de dibujos. En un curso de eclesiología en el año 1996 en Bachajón, la comunidad de San Pedro de Alan Sac hun, región San Francisco Javier, representó

en su trabajo a treinta y ocho personas, todas ellas con su nombre completo y con el servicio que prestan a la comunidad. Cada una es importante y se le reconoce su servicio específico en la comunidad. Ante este aporte, podríamos preguntarnos si nosotros conocemos el nombre completo de nuestros compañeros y compañeras o de las personas con las que trabajamos en nuestra comunidad social o eclesial, o con las que celebramos la eucaristía; si reconocemos la importancia de los cargos, servicios y ministerios de las personas que sirven en nuestras comunidades, y si las profesiones o el trabajo que ejercemos lo asumimos como un servicio a la comunidad o simplemente con un sentido individualista o sólo lucrativo.

En otro dibujo, el de la comunidad de Santa Ana, aparece la comunidad dentro de un corazón y, en el centro, el Espíritu Santo. Esta comunidad atribuye el surgimiento de los ministerios al trabajo del Espíritu, que une a todos en un gran corazón. Quizá, alguno pensará que dibujar un corazón es algo muy “romántico”; sin embargo, en las comunidades tseltales al corazón no sólo se le atribuyen sentimientos. El significado de la palabra “corazón” en tseltal, *o'tan*, es semejante al significado bíblico de corazón: implica todo el ser de la persona y tiene un abanico de significados, desde referencias tanto en sentido físico como en sentido sentimental, intelectual, moral, social y espiritual. Así, encontramos expresiones como *Ya cacux awo'tan*, literalmente “descansa tu corazón”, que significa “descansa tú”; *Bin schi awo'tan*, ¿qué dice tu corazón?, que quiere decir “¿qué opinas?, ¿qué piensas?”. Cuando utilizan la expresión “el Señor Dios nos ha dado un corazón”, lo que en el fondo están diciendo es que “el Señor Dios nos ha dado sabiduría”, de ahí que cuando dibujan a la comunidad dentro de un gran corazón y al Espíritu en el centro de ella, quieren referirse a todos los dones, al amor y a la sabiduría que el Espíritu ha derramado en ella.

Por otra parte, la comunidad de Bachajón titula su diseño “*Tzeltaluvenix te sc’op te Dios*”, es decir, se “tseltaliza” la Palabra de Dios. Se indica así el interés por inculturar el mensaje evangélico. La comunidad, con sus distintos miembros y ministerios, se autorrepresenta dentro de un círculo que expresa el sentido comunitario. Este dibujo tiene escrita una cita bíblica: Rom 16,1-16, un texto que se refiere a Pablo enviando saludos a todos sus colaboradores. Esta comunidad, al interpretar en su realidad ministerial el sentido de la carta a los Romanos, se asume también como colaboradora y continuadora en la misma misión de la Iglesia iniciada hace dos mil años bajo la guía y creatividad del mismo Espíritu.

Con respecto a la imagen que se tiene de la Iglesia, se presentó un dibujo del grupo de mujeres y de las religiosas tseltales de Chilón. Este dibujo tenía dos partes. La primera representaba a la Iglesia como un hombre solitario. Ésta es la Iglesia, dijeron, pues sólo los hombres podían participar, ya sea en los servicios o en las enseñanzas, porque los hombres, obligados a vender sus productos del campo, han aprendido “castilla”, pero las mujeres, sobre todo en el siglo pasado, se quedaban en sus casas a cuidar sus tierras. Por eso, cuando asistían a los oficios en la Iglesia y el sacerdote sólo hablaba “castilla”, no entendían y tampoco realizaban ningún servicio. Por otro lado, algunos diáconos recuerdan que cuando eran niños quisieron ayudar como acólitos y tuvieron que aprender “castilla” y “latín”, y las mujeres se quedaban sin entender y ellos también cuando se hablaba latín. En la otra parte del dibujo, las mujeres dibujaron a la Iglesia como una pareja. “Ésta es la Iglesia que queremos –afirmaron–. Ahora ya comenzamos a vivirla porque podemos participar en diversos servicios y ministerios, y podemos entender y expresar nuestra palabra en nuestra lengua verdadera, la tseltal, pero queremos que siga creciendo”.

Con sus dibujos, estas comunidades nos acercan un poco a su realidad y nos comparten su fe, pero además cuentan con su testimonio, que es misionero y evangelizador. En ocasiones, la fidelidad de sus ministros y servidores del Evangelio ha despertado persecuciones y conflictos, pues no cesan las injusticias de las que son objeto sus comunidades. No olvidan que servir por el Reino de Dios implica una labor profética que compromete hasta las últimas consecuencias, como hizo Jesús (LG 12). De ahí que fuera muy significativo para ellos conocer la historia de los mártires de los primeros siglos de la Iglesia, con quienes veían una clara continuación, ya que sus obispos, catequistas, diáconos, misioneros y sacerdotes, tanto nacionales como extranjeros, de la región o de las regiones vecinas, han sido algunos amenazados, otros perseguidos, encarcelados, expulsados e incluso asesinados a causa de su testimonio y sus demandas de justicia. Su testimonio se nutre de una profunda espiritualidad y oración personal y comunitaria que se expresa en la eucaristía, en los demás sacramentos, en las fiestas patronales y a través de rezos, cantos, danzas y religiosidad popular tanto en sus capillas como en los cerros, campos y ríos. Tienen presente que sin la oración se llegaría a perder el verdadero sentido por el que se está trabajando. El *jTatic* Antonio Aguilar, hombre íntegro, de gran estima y respeto por las comunidades, relata que dentro de las responsabilidades que él ha asumido, la “principal” es velar y orar por todos y cada uno de los miembros de la comunidad. Estas comunidades caminan confiadas en la esperanza en las manos de *jTatic* Dios.

El reto de la globalización

Las iglesias autóctonas de los pueblos indígenas no se encuentran ajenas al proceso de globalización, a la interacción e interdependencia creciente entre las diferentes partes del mundo.

Por un lado, los pueblos indígenas se enfrentan a los proyectos económicos globalizadores, que no son inocentes y causan estragos de pobreza ante los que la misión de las comunidades cristianas no puede pasar indiferente si pretenden proclamar y testimoniar el Reino de Dios. Por otro, se enfrentan a un proceso occidentalizador que intenta borrar fronteras culturales, ante el cual buscan reafirmar su identidad recuperando su sabiduría ancestral. Esta problemática se viene padeciendo desde el siglo XVI, y durante 500 años han estado luchando por su supervivencia. Esta lucha se globaliza al unirse con la de otros pueblos. Se aprovechan las nuevas tecnologías y la movilidad de las personas para comunicarse y darse a conocer.

Por otra parte, las iglesias autóctonas tanto de América como de Asia, África y Oceanía cuentan con la inculturación como un medio privilegiado —al menos teórico y en algunos casos realizándose— para conservar su cultura e identidad. Con esto se hace frente en la misión a una doble problemática globalizadora: la imposición de una cultura dominante occidental y la imposición de un cristianismo uniforme. Así, por un lado, como parte de los pueblos indígenas, las iglesias autóctonas afirman su identidad desde su cultura indígena y, por otro, como parte de una iglesia local, ofrecen sus tradiciones y valores a la Iglesia universal y producen un cristianismo autóctono. Asimismo, como una exigencia de la misión para que puedan surgir con rostro propio, lo que necesitan y solicitan es el apoyo, el respeto y la comprensión de las otras iglesias, sobre todo de la mestiza occidental, que es la mayoritaria en América Latina, y de la europea, que es la que tiende a dominar el panorama eclesiológico. La globalización permite una intercomunicación que puede ser aprovechada por las iglesias para abrirse al conocimiento de las necesidades y problemas de unas y otras y ayudarse mutuamente.

Bibliografía

- Amaladoss, M., *El evangelio al encuentro de las culturas. Pluralidad y comunión de las Iglesias*, Mensajero, Bilbao 1999.
- Arias Montes, M., *Y la Palabra de Dios se hizo indio*, Ediciones Abya-Yala, Quito 1996.
- Borobio, D., *Misión y ministerios laicales*, Sígueme, Salamanca 2001.
- Bosch, D. J., *Misión en transformación. Cambios de paradigma en la teología de la misión*, Libros Desaffo, Grand Rapids 2000.
- Bueno, E., *La Iglesia en la encrucijada de la Misión*, Verbo Divino, Estella 1999.
- Dupuis, J., *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Sal Terrae, Santander 2000.
- , *El cristianismo y las religiones*, Sal Terrae, Santander 2002.
- Estrada, J. A., *Para comprender cómo surgió la Iglesia*, Verbo Divino, Estella 1999.
- , *El cristianismo en una sociedad laica*, Desclée, Bilbao 2006.
- López Hernández, E., *Teología india. Antología*, Verbo Divino, Cochabamba 2000.
- Mveng, E., *Identidad africana y cristianismo*, Verbo Divino, Estella 1999.